

El amor de Santo Domingo a la Virgen María

Fr. Emilio García Álvarez, OP.
Convento de Santo Domingo, Caleruega.

1. Introducción

Hablar del amor a la Virgen de un cristiano medieval, hijo de una familia profundamente cristiana, parece una redundancia. Sin embargo, no poseemos apenas testimonios fehacientes sobre santo Domingo que nos certifiquen esa característica de su piedad. Es verdad que podemos suponer algunas cosas y seguramente no nos equivocáramos, pero siempre es mejor contar con referencias contrastadas. Por eso, vamos a comentar algunos datos históricos relativos a la vida personal de Domingo o a su labor legislativa que permiten comentar ciertos rasgos de su relación con la Virgen María.

2. Piedad mariana de Domingo

En el proceso de canonización, uno de los testigos de su vida (fray Bonviso de Piacenza) nos dice que, a lo largo de sus correrías apostólicas, sobre todo cuando pisaba caminos casi intransitables con los pies descalzos o sufría la amenaza de las crecidas de arroyos y ríos, cantaba el *Ave, maris stella* a la Virgen, lleno de júbilo por experimentar esas contrariedades, a las que daba un sentido penitencial. Invocaba, pues, a María, como expresión de su alegría precisamente en momentos difíciles o incómodos y valoraba éstos como oportunidades de crecimiento espiritual.

Este modesto episodio nos ilustra sobre su *manera de afrontar las adversidades* que acompañaban a su actividad apostólica. Por una parte, las asumía como ocasión para madurar en la configuración con Cristo y, por otra, como trampolín para dirigirse a la Madre de Jesús, evocando alguna de sus prerrogativas o el puesto que ocupa en la

misión de su Hijo. Ese himno la presenta como Madre de Dios, remedio contra el mal y ayuda para el bien (sobre todo para vivir la mansedumbre y la castidad), madre e intercesora nuestra ante el Hijo, camino ejemplar para llegar a él. Es decir, Domingo la ensalza en su dignidad eminente, la invoca confiado en su mediación maternal y en su apoyo moral, y la reconoce como itinerario seguro que conduce a Cristo.

3. Dos significativas visiones místicas

Otro testimonio significativo es el de sor Cecilia, que lo trató personalmente y lo amó entrañablemente. Nos habla de una experiencia mística que tuvo Domingo estando un día en oración. Se refiere a dos visiones consecutivas: en una vio a la Virgen asperjando por la noche a los frailes que dormían y comunicándole, a renglón seguido, que intercedía ante su Hijo por la Orden en respuesta a la invocación “Ea, pues, abogada nuestra”, que le dirigían todos los días en el rezo de la *Salve*. En la otra visión aparecía María junto al trono de Dios, rodeada de religiosos de todas las Órdenes, excepto de la suya. Rompió a llorar inconsolable por esa ausencia desoladora, hasta que Cristo hizo un gesto a su Madre para que le dejara ver a todos los hermanos y hermanas de su Orden acogidos bajo la inmensidad de su manto. Ambas visiones subrayan, por una parte, la *certeza de Domingo acerca del cuidado que María tiene de sus frailes*, que la invocan devotamente y siguen los pasos de su Hijo, y, por otra, la *preocupación del santo por el destino eterno de todos los miembros de su familia religiosa*, y su júbilo al saberlos partícipes de la gloria con el aval de la Reina del cielo. Él invoca con total confianza a la Madre del Señor y le encomienda con cariño fraterno a sus hermanos, ya que ella es también madre nuestra y cuida de nosotros con verdadera ternura, bajo su amparo nos acogemos y en su regazo nos sentimos seguros.

4. La Virgen en la vida de cada día

En relación con esta devoción a María hay una referencia muy elocuente en las primeras constituciones de la Orden, elaboradas bajo la supervisión de Domingo. Al comenzar el día con el toque de campana para levantarse, lo primero que los frailes han de rezar, antes de ir a coro, son los Maitines de la Virgen, de acuerdo con el tiempo litúrgico. Esta recomendación, que forma parte de un texto legislativo, pone de manifiesto la piedad mariana que Domingo quería inculcar a aquellos hombres dedicados a la predicación de la Palabra de Dios. El primer pensamiento de la jornada ha de ser para la

Madre, a quien honran con la oración eclesial de su Oficio recitada en privado. Es decir, que *el día quedaba enmarcado entre el rezo de los Maitines de la Virgen al despertar y el rezo de la Salve antes de irse a la cama* al terminar las Completas. Esa devoción a María ayudaba a conjugar armoniosamente la austeridad de vida de aquellos frailes con la ternura filial expresada en su trato con la Madre del Señor. Expresaba igualmente la sencillez y la confianza con que recurrían, ya al despuntar el alba, al coloquio íntimo con quien recibió del mismo Cristo el encargo de cuidar de nosotros; y mostraba esas mismas actitudes cuando despedían el día cobijándose de nuevo bajo su manto.

5. La promesa de “obedecer a María”

Finalmente, hay quien piensa que es una peculiaridad de nuestra Orden, ya desde los tiempos de Domingo y sin duda por voluntad suya, el que figure en la fórmula de la profesión religiosa la promesa de obedecer “a Dios y a la bienaventurada María”. Es decir, en el momento más decisivo de nuestra vida religiosa, cuando nos consagramos solemnemente a Dios para siempre, formulamos también nuestro *propósito de seguir las indicaciones de la Madre de Jesús en el seguimiento de la persona de su Hijo*. Sólo conocemos un “mandato formal” –si podemos hablar así- de María en el Evangelio, expresado al dirigirse a los sirvientes en las bodas de Caná: “Haced lo que él os diga” (Jn 2, 5). Es la consigna que aceptamos en el momento de comprometer toda nuestra vida ante Dios. Evidentemente esto es mucho más que un acto de devoción, por sincero y fervoroso que sea. Es un compromiso explícito de vivir pendientes de lo que María nos pueda insinuar para llevar a cabo las exigencias de nuestra vida consagrada. Muy probablemente Domingo vio en este gesto una garantía de que sus hijos y hermanos, imitando el comportamiento de María, seguirían siempre fielmente los pasos de Jesús.